

ISOLDA.—¡Dure la noche para nosotros eternamente! (Ambos.) ¡Oh dulce noche! ¡noche eterna! ¡angusta, sublime noche de amor! ¿A quién amparas-te, á quién sonreiste? ¿cómo, sin temor, podrá despertar fuera de ti? ¡Muerte amable, rechaza ahora el temor, ¡oh muerte de amor con impaciencia deseada! En tus brazos, á ti entregados, al calor de tu sagrado aliento, libres de las miserias del despertar, ¿cómo comprenderlo? ¿cómo rehusar estas delicias lejos del sol, lejos del día y de la cruel separación que consigo lleva? Aspiración apacible sin ilusiones, dulce deseo sin temores; angusta muerte sin suspiro, rodeados de tinieblas sin languidecer; sin separación, sin fuga, íntima soledad, eternamente en los lares, etéreos ensueños en espacios inmensos. Tú, Isolda, yo, Tristán, ya no soy más Tristán, no Isolda; sin nombre, sin separación, un nuevo reconocimiento, una nueva llama que arde; sin fin eternamente un solo pensamiento: ¡sublime placer de amor de un pecho inflamado!

### ESCENA III

KURWENAL, BRANGANIA, MARKE, MELOTE

(Oyese un grito de Brangania y al mismo tiempo el ruido del choque de armas, Kurwenal entra impetuosamente, vuelto de espaldas, y blandiendo su espada.)

KURWENAL.—Ponte en salvo, Tristán!

(Trás él llegan de repente, muy animosos, con paso precipitado, Marke, Melote y muchos cortesanos que se paran de lado frente á los amantes; fijan la vista en éstos con diversos ademanes. Brangania baja al mismo tiempo de la azotea y corre cerca de Isolda; ésta en un movimiento de pudor involuntario, se apoya, volviendo el rostro, en el banco de flores. Tristán con un movimiento también in-

voluntario, levanta el brazo y extiende su capa, de manera que Isolda queda oculta á las miradas de los recién llegados. Permanece un rato en esta actitud, inmóvil, fija la vista en los demás personajes. Despunta el día.)

TRISTÁN (después de prolongado silencio).—El triste día por última vez!

MELOTE (á Marke que se queda absorto de muda estupefacción).—Señor ¿me dirás si le he acusado con razón? ¿Si he ganado mi cabeza, que aposté? Te he mostrado patentemente su perfidia; he salvado del oprobio tu nombre y tu honor.

MARKE.—¿Realmente lo hiciste? Véle allí, al más fiel de todos los fieles: mírale al más amigo de los amigos: un acto libérrimo de su fidelidad hirió mi corazón con la más odiosa alevosía. Si Tristán me engañaba ¿debía yo esperar que el mal causado por su perfidia fuese por consejo de Melote lealmente reparado?

TRISTÁN (con viveza convulsiva).—¡Espectros del día! Ensueños de la mañana, engañosos y siniestros, alejaos volando, huid!

MARKE (con profunda emoción). — ¿A mí eso? ¿Esas palabras, Tristán, á mí? ¿Adónde está la fidelidad después que Tristán me ha engañado? ¿Adónde están el honor y la lealtad después que Tristán, asilo de todos los honores, los perdió? ¿Adónde huyó la virtud que había elegido á Tristán por escudo, después que escapó de mi amigo? ¿Después que Tristán me ha hecho traición? (Silencio. Tristán baja lentamente los ojos al suelo; su aire y su actitud expresan, mientras Marke continúa, tristeza creciente.) ¿A qué fin los servicios sin cuento, la gloria y los honores, el poder y la grandeza que conquistaba para Marke, si honores y gloria, grandeza y poder, y servicios sin cuento, habían de serte pagados con la afrenta de Marke? ¿Tienes en poco su agradecimiento, puesto que te ha

dado en herencia y patrimonio, la gloria y el reino, que le habías conquistado? Muriósele sin hijos su mujer, y hasta tal punto Marke te amaba, que renunció á casarse otra vez. Apremiado con súplicas y amenazas por todo el pueblo en la corte y en el país para elegir una reina para el reino, una esposa para sí, tú mismo conjuraste á tu tío para que bondadosamente llenara los deseos de la corte, la voluntad del país: en oposición con la corte y con el reino, en oposición contigo mismo, disculpábase generosamente y con estratagemas, hasta que tú, Tristán, le amenazáste con abandonar para siempre la corte y el reino, si tú mismo no fueses enviado á buscar la novia para el rey. El dispuso que así se hiciera. Esta mujer de maravillosa belleza, que tu valor me conquistó, ¿quién podrá verla, quién conocerla, quién llamarla suya con orgullo, sin tenerse por feliz? Acercarse á ella jamás se atrevió mi voluntad; tímido respeto me hizo renunciar á desearla, su gracia sublime y soberana había de refrescar mi alma; tú me presentaste la novia real á pesar de enemigos y peligros. Ya que con la posesión de este tesoro, has hecho mi corazón más sensible que antes para el dolor, hiriendo la fibra más susceptible, delicada y tierna, no me queda esperanza de curación; ¿por qué á mí, desventurado, á mí lesionaste con tan acerbo golpe? Me heriste con el arma cuyo cruel veneno martiriza mi alma y mi cerebro: esto ahoga en mí la amistad fiel, llena de sospecha mi corazón confiado, para sorprender acechando secretamente al amigo en medio de la noche oscura y ver el fin de mi honor. ¿Por qué para mí esa afrenta que ningún suplicio podrá expiar? ¿Quién en el mundo podrá sondear ese abismo inescrutable, terriblemente profundo, lleno de misterio?

TRISTÁN (levantando hacia Marke sus ojos compasivos).—Oh rey, esto no puedo decírtelo; y lo que tú preguntas, jamás podrás saberlo. (Vuélvese en parte hacia Isolda, que acaba de abrir los ojos y pa-

rece pedirle clemencia.) A donde va ahora Tristán ¿Isolda, quieres seguirle? En el país de que te habla Tristán no brilla la luz del sol: es el país de tenebrosa noche, de donde un día me envió mi madre cuando me concibió en la muerte, y en la muerte me hizo venir á la luz. Lo que, cuando me dió á luz, era refugio de amor, el reino maravilloso de la noche, de la cual un día desperté, esto te ofrece Tristán, allí se anticipa él á ir. Si Isolda quiere seguirlo fiel y sumisa, dígalo ahora.

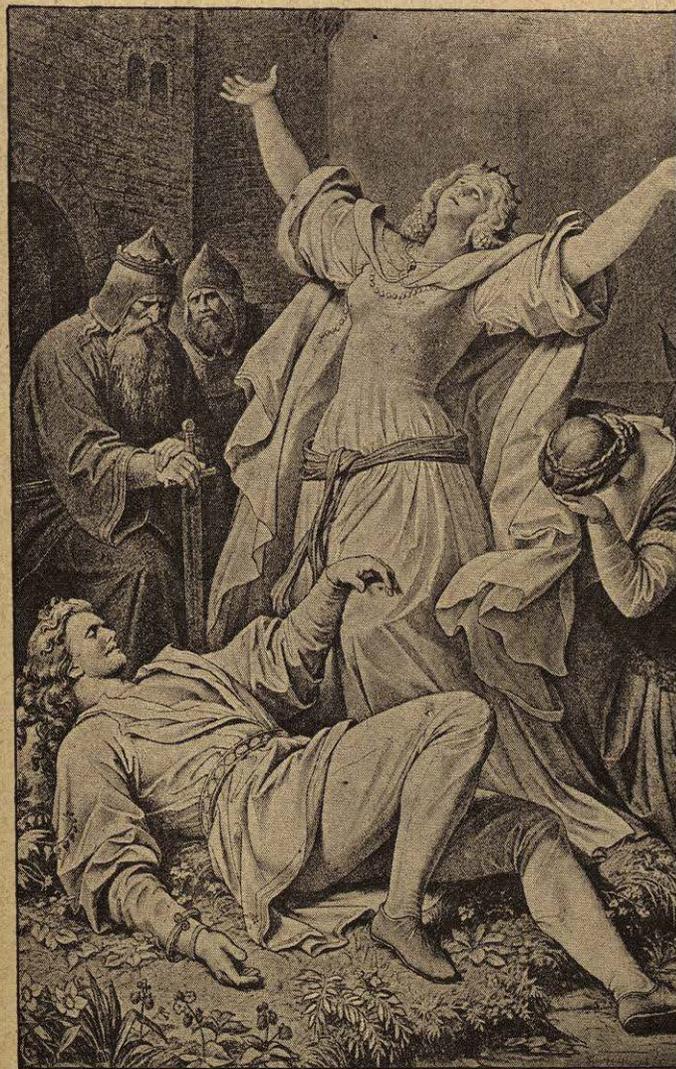
ISOLDA.—Pidióle un día el amigo que le siguiera á extraña tierra; Isolda hubo de seguir, fiel y sumisa, al hechicero. Condúcesme ahora por tus dominios para mostrarme tu patrimonio. ¿Cómo podré huir de la tierra que abarca todo el mundo? Donde esté la casa y el hogar de Tristán, allí irá Isolda: le seguirá fiel y sumisa; enseña ahora el camino á Isolda!

(Tristán la besa suavemente en la frente.)

MELOTE (botando de rabia).—¡Ah! Traidor! A la venganza, rey ¿Sufrirás esta afrenta?

TRISTÁN (tira de la espada y se vuelve bruscamente).—¿Quién aventura su vida por la mía? (Fija sus miradas en Melote.) Era mi amigo: me amaba en alto grado y con cariño: como nadie me procuraba honor y gloria. Impulsó mi corazón á la presunción: él guiaba el bando que me apremiaba para aumentar mi honor y mi gloria para casarte con el rey. Tu mirada, Isolda, también le cegaba: por celos me ha hecho traición, para con el rey, el amigo, á quien he hecho traición. Defiéndete, Melote.

(Le acomete; Melote se pone en guardia; Tristán deja caer su espada y se rinde, herido, en brazos de Kurwenal, Isolda se precipita sobre su pecho, Marke detiene á Melote. Cae el telón rápidamente.)





### ACTO III

Jardines de un castillo. A un lado las altas paredes del edificio; á otro lado un parapeto poco elevado, y en medio una atalaya. Al fondo, la puerta del castillo. El castillo se representa situado en lo alto de un peñasco; al través de las troneras se ve el mar que se extiende hasta el horizonte. El conjunto tiene el aspecto de un castillo abandonado desde hace mucho tiempo, mal cuidado; por una y otra parte piedras desplomadas y maleza. Delante de la escena, á un lado, Tristán echado á la sombra de un gran tilo; duerme sobre un lecho; diríase que está tendido sin vida. A su cabecera está sentado Kurwenal, encorvado sobre él con pena, y observando su respiración con inquietud. Al levantarse el telón, óyese de afuera una melodía pastoril, llena de languidez y tristeza, tocada con un caramillo. Al fin aparece el mismo pastor de medio cuerpo encima del parapeto, y mira al patio con interés.

#### ESCENA I

KURWENAL, el PASTOR, TRISTAN

EL PASTOR (con suavidad).—Kurwenal! Hé! Hola, Kurwenal! Escucha, amigo! (Kurwenal vuelve hacia él la cabeza.) ¿No se ha despertado todavía?

KURWENAL (meneando la cabeza con tristeza).—Si despertata, sería sólo para dejarnos para siempre, si antes no hubiese aparecido la «mano salutífera».

que es la única que puede socorrernos. ¿Nada has visto todavía? ¿Ningún buque en el mar?

EL PASTOR.—Tú habrás oído otra melodía, la más alegre que sé. Habla ahora con franqueza, viejo amigo: ¿qué le pasa á nuestro señor?

KURWENAL.—No lo preguntes; jamás podrás saberlo. Acecha con celo, y si vieres el buque, entonces toca una melodía agradable y viva.

EL PASTOR (volviéndose, mira á lo lejos con las manos sobre sus ojos).—El mar está vacío y desierto. (Aplica los labios al caramillo y desaparece tocándolo; á cierta distancia oyes todavía por un instante la melodía.)

TRISTÁN (después de largo silencio, sin moverse, con voz apagada).—La antigua melodía. ¿Qué me despierta? (Abriendo los ojos y volviendo la cabeza.) ¿Dónde estoy?

KURWENAL (tiembla de espanto, escucha y observa).—¡Ah! la voz! su voz! Tristán! Mi héroe! Mi Tristán!

TRISTÁN.—¿Quién me llama?

KURWENAL.—Al fin! al fin! La vida! ¡Oh vida, dulce vida... devuelta á mi Tristán!

TRISTÁN (incorporándose un poco en la cama).—Kurwenal, eres tú? ¿Dónde estaba yo? ¿Dónde estoy?

KURWENAL.—En Kareol, señor: ¿no conoces el castillo de tus padres?

TRISTÁN.—¿De mis padres?

KURWENAL.—Mira en torno tuyo!

TRISTÁN.—¿Qué sonidos oí?

KURWENAL.—La melodía del pastor, oíste la otra vez; á la falta del monte guarda tu ganado.

TRISTÁN.—¿Mi ganado?

KURWENAL.—Sí, señor! Tuyos son la casa, el recinto y el castillo. Tus vasallos, fieles á su amado señor, cuidaron, lo mejor que pudieron, de la casa y del ganado que un día mi héroe dió en herencia

y en propiedad á sus gentes, á su pueblo, cuando todo lo abandonó para ir á lejanas tierras.

TRISTÁN.—¿A qué tierras?

KURWENAL.—Ay! A Cornualles; osado y feliz, cuánta fortuna, esplendor y honores alcanzó Tristán por sus nobles acciones!

TRISTÁN.—¿Estoy en Cornualles?

KURWENAL.—No: en Kareol.

TRISTÁN.—¿Cómo vine?

KURWENAL.—¡Ah! ¿cómo viniste? No á caballo, una barca te condujo: y yo en hombros te llevé á la barca: anchas son las espaldas que te llevaron á la playa. Ahora estás en tierra, en tu casa, en la verdadera tierra, en el suelo patrio, en tus propios prados, el país de tus delicias, alumbrado por el viejo sol. En él sanarás felizmente tus heridas y te librarás de la muerte.

TRISTÁN (después de breve silencio).—A ti te lo parece; yo sé que es de otro modo, pero no puedo decírtelo. No me detuve donde me desperté; pero no puedo decírtelo. No me detuve donde me desperté; pero no puedo decirte dónde me detuve. No ví el sol, ni el país ni la gente: pero lo que ví no te lo puedo decir. Estaba yo donde estuve hace tiempo, adonde iré para siempre: en el vasto imperio de la noche universal. Una sola ciencia propia conocemos allí: el divino, eterno y primitivo olvido... ¿cómo perdí su presentimiento? Avido recuerdo, ¿eres tú quien poco há me has impelido á la luz del día? Lo que sólo me ha quedado, una llama ardiente de amor, me lanza del delicioso crepúsculo de la muerte para contemplar la luz, que clara y dorada aparece engañosa para ti, Isolda! (Kurwenal, sobrecogido de espanto, oculta la cabeza.)

TRISTÁN (incorporándose poco á poco).—Isolda está todavía en el reino del sol! Isolda está todavía en el resplandor del día! Qué ardiente y angustioso deseo de verla! Oí cerrarse ya tras de mí con estré-

pito la puerta de la muerte: se abre otra vez de par en par; los rayos del sol la reventaron; con los ojos inundados de luz he de salir del océano de la noche; buscarla, verla, hallarla, perderse y desaparecer solamente en ella, séale permitido á Tristán! Ay, en torno mío crece pálido y angustioso el indomable tormento del día! Su astro penetrante y engañoso despierta mi cerebro á la mentira y á la ilusión! Maldito día con tu claridad! ¿Aumentarás tú eternamente para mi martirio? ¿Arderá eternamente esa luz, que aun de noche me alejaba de ella espantado? ¡Ah! Isolda! Dulce amiga! ¿Cuándo ¡ah! cuándo apagarás la antorcha, para anunciarme mi felicidad? ¿Esa luz, cuándo se apagará? ¿Cuándo será de noche en tu casa?

KURWENAL (con viva emoción).—A la que un día ultrajé por fidelidad para contigo, he de desearla ahora impaciente como tú! Cree mi palabra, la verás aquí; hoy mismo podré darte este consuelo, si todavía vive.

TRISTÁN.—No está aún apagada la luz, no es de noche todavía en su casa. Isolda vive y vela; me llamó desde el seno de la noche.

KURWENAL.—Si vive, deja que la esperanza te sonría. Hoy no debes burlarte de Kurwenal aunque te parezca imbécil. Como muerto has estado desde el día en que Melote, el traidor, te causó una herida: ¿cómo se curará esta herida funesta? Creo, aunque imbécil, que quien te cerró la que en otro tiempo te causó Moroldo, fácilmente curará las llagas abiertas por la espada de Melote. Esta mano bienhechora pronto la hallé; he enviado á Cornualles; un hombre fiel te traerá por mar á Isolda.

TRISTÁN (fuera de sí).—Isolda viene! Isolda se acerca! Oh fidelidad! augusta, magnánima fidelidad! Mi Kurwenal, íntimo amigo, tú fiel sin vacilar, ¿de qué manera debe Tristán agradecértelo? Mi escudo, mi parapeto en el combate y en la lucha! y para mí siempre dispuesto en las alegrías y en las penas:

aborreciste á quien odié, amaste á quien he amado. Al buen Marke serví yo lealmente ¡como para él fuiste más fiel que el oro puro! Hube de hacer traición al noble señor, y tú ¡cómo le engañaste con tan buena voluntad! No te perteneces, eres mío únicamente; sufres conmigo cuando sufro; sólo que, lo que sufro, no puedes sufrirlo! Este terrible deseo que me devora; este fuego implacable que me consume, si pudiera decírtelo, si pudieras comprenderlo, no te quedarías aquí, irías volando á la atalaya, y con todas tus potencias descubrirías á lo lejos, dónde se hinchaban sus velas, dónde para encontrarme hacia mí navega impelida por los vientos Isolda, estimulada por el aguijón del amor. Se acerca, se acerca con velocidad intrépida! Ondeada, ondea en el palo pabellón. El buque, el buque! Pasa rasando los escollos! ¿No lo ves? Kurwenal ¿no lo ves?

(Kurwenal, que no quiere dejar á Tristán, titubea, y Tristán le mira con muda impaciencia; entonces se oye cerca, como al principio, y después alejándose poco á poco, la lastimera melodía del pastor.)

KURWENAL (con abatimiento).—No hay ningún buque á la vista.

TRISTÁN (mientras escucha, cede poco á poco su exaltación, después empieza con tristeza que va en aumento).—¿Debo comprenderte, antigua y seria melodía, con tus sonidos lastimeros? Por entre la brisa de la tarde llegaba á mis oídos melancólica cuando un día me anunció, todavía niño, la muerte aún cuando mi corazón filial supo el destino de mi madre. Cuando mi padre me engendró y murió, y mi madre expirando me dió á luz, la antigua melodía les llevaba sus sonidos lánguidos y tristes. Un día me preguntaba y me pregunta ahora, ¿para qué destino nací entonces? ¿para qué destino? Me dice otra vez la antigua melodía: ¡para desear y morir, morir y desear! ¡No! ¡oh, no! no lo dice